

La casa de Dostoievsky y la nostalgia de la Revolución

Guillermo Ortiz

La nostalgia es un tema recurrente en la literatura universal. Si uno se hace escritor, en buena medida es por un afán imperioso de revivir lo pasado o de inventar lo que querría haber vivido. En el caso del último libro de Jorge Edwards, *La casa de Dostoievsky* (Ed. Planeta, 2008), esta temática común se mezcla con un prurito típicamente latinoamericano: la reflexión crítica sobre la revolución, la necesidad de cambiar el orden establecido, buscar una sociedad más justa y acabar con las desigualdades que asolan el continente.

A Edwards le mueve en su novela una «nostalgia de la Revolución»: un recuerdo de algo que no pasó nunca, pero que era vagamente, imposiblemente anhelado y detestado a la vez. El Poeta, protagonista de la novela, y un trasunto del propio Edwards durante sus años de juventud en Santiago, París, La Habana... es un tipo comprometido con los problemas de su tiempo. Un hombre de izquierdas, que coquetea con el comunismo y acaba enroldado en el Partido Socialista durante los últimos meses del gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular. Un hombre al que le gustaría que las cosas fueran distintas: que la reforma agraria triunfara, que la sociedad no tuviera clases, que el talento y el valor se impusieran a la alcurnia y el dinero.

Pero, a la vez, el Poeta es el instrumento del que se vale Edwards para reflejar la propia imposibilidad de la Revolución en

Jorge Edwards: *La casa de Dostoievsky*, Ed. Planeta. Barcelona, 2008.

toda Latinoamérica, y en Chile y Cuba en particular. Un tipo al que no se le da un nombre, sino varios, por una cuestión estética, suponemos: es la imagen tópica de cualquier poeta latinoamericano que alcanzó la juventud pasada la II Guerra Mundial, un «bala perdida» –un «detective salvaje», que diría Bolaño, cuya obra parece estar todo el rato ahí como inevitable referencia para el lector– que lucha continuamente contra los cantos de las sirenas revolucionarias reflejadas en personajes como el Che Guevara, Fidel Castro o el propio Pablo Neruda, el odiado y admirado Poeta Oficial.

Esa lucha es en realidad la de Edwards, sin que el autor se moleste en ocultarla bajo la ficción. Con el ejemplo de la convivencia con el «socialismo real» durante su estancia en La Habana castrista, hay en la obra un empeño constante en diferenciar «cambio» de «Revolución». Para el narrador, para Edwards, para el Poeta en muchas ocasiones –en otras no, recordemos que, ante todo, este personaje es un esteta más que un político–, la Revolución es algo místico, religioso, palabrería vaga que sirve de opio para el pueblo no formado, el mismo al que pretende «salvar».

Una especie de nuevo catolicismo, con su iconografía, sus sermones, su desprecio por los intelectuales y por las razones, en nombre de la gran Razón iluminadora.

El Poeta, como Edwards, es un hombre perdido. Desubicado. Entre dos fuerzas que se necesitan la una a la otra para sobrevivir. Entre la acción y la reacción. En ocasiones, la literatura utiliza contextos históricos para completar o dar colorido a la vida de los personajes. En este caso, es al contrario: toda la historia del Poeta y de los jóvenes literatos chilenos que vagan por el mundo es un pretexto para hablar de la historia de Chile, perfectamente perfilada, desde la prohibición del Partido Comunista por Gabriel González Videla y el gobierno radical –la llamada «Ley Maldita»– en 1948 hasta el Golpe de Estado de Augusto Pinochet del 11 de septiembre de 1973.

Lo que importa aquí no es la historia, sino la Historia. En una entrevista concedida a Sanjuana Martínez, para la revista Babab, con motivo del Premio Cervantes con el que fue galardonado Edwards en 1999, el escritor chileno hablaba en estos términos de la política y la literatura: «Hay que dejar a los políticos que hagan

la política y nosotros ya podemos volver a pensar en la poesía, en la literatura, en el amor y en los celos...».

Sin embargo, no es lo que hace Edwards, o si se nos permite, lo hace mal. Por supuesto, en *La casa de Dostoievsky* hay celos y amor, pero sobre todo hay política. De hecho, los celos y el amor resultan poco creíbles, demasiado vagos, rápidos, como si hubiera que rellenar páginas para contar lo que el autor realmente quiere contar: esa angustiada sensación de no formar parte de un mundo en el que las ideas están por encima de la realidad y quieren determinar la realidad a cualquier precio. En definitiva, algo parecido a lo que viene haciendo el chileno desde que escandalizara con *Persona Non Grata*, en 1973.

Literariamente, la obra deja que desear. Los personajes son planos y estereotipados. Marionetas, en ocasiones. Las subtramas avanzan a demasiada velocidad, sin que uno llegue a interesarse por ellas. Las historias de amor son forzadas, algo incomprensibles. Los diálogos, en ocasiones, demasiado teatrales. Las mujeres entran y salen de la vida del Poeta de manera tan azarosa e inopinada que realmente resulta difícil entender algunos de los sentimientos que Edwards coloca en el corazón de su protagonista. Cuando un escritor nos tiene que explicar algo en vez de mostrárnoslo, malo.

Pero es que *La Casa de Dostoievsky*, insistimos, es sobre todo la muestra de una perplejidad, el recuerdo nostálgico de unos años dorados y de un sueño que nunca se llegó a hacer realidad, precisamente por el empeño en mantenerlo en sueño, en delirio, en mística, en Revolución. Edwards es hijo de diplomáticos, fue diplomático él mismo durante muchos años: es un hombre acostumbrado a moverse dentro de los parámetros de la realidad y que pide cambios de verdad, no discursos eternos.

El retrato que hace de la Cuba castrista en plenos años 60 es devastador. Por supuesto, no es la primera vez, pero aquí repite: la corrupción, las persecuciones, el anti-intelectualismo, la falta de formación de los líderes, el empeño en no ver la realidad y perseguir a los que sí pueden cambiar realmente las cosas, con mesura, con tranquilidad, atendiendo a los problemas reales... El Poeta se rodea en La Habana de los más peligrosos «subversivos» contrarrevolucionarios como Herberto Padilla, José Lezama Lima o Reinaldo Arenas, y ve lo que está haciendo el régimen con ellos,

cómo los castra, los arrincona, los obliga a pensar de la manera «correcta».

La experiencia socialista en La Habana, de la que el Poeta sale a los pocos días de la «autocrítica» de Padilla, igual que lo hizo Edwards, aunque éste expulsado por el Gobierno cubano, hace que tanto el Poeta como sus afines vean con desconfianza la llegada de Salvador Allende al poder. Para el Poeta —¿para Edwards?—, Allende y sus seguidores son una esperanza, pero a la vez una puerta abierta a una nueva Revolución, a un nuevo Vietnam latinoamericano, como pedía el Che. A una repetición de los vicios caribeños, totalitarios, soviéticos...

Edwards no es ambiguo con respecto al golpe de Pinochet. En absoluto. Ni en su vida ni en su obra. El horror, las torturas, la persecución... están presentes en *La Casa de Dostoievsky* con intensidad narrativa, la misma que le falta para contar otras historias más cotidianas. Es cierto que el Golpe le pilló en Europa y que se nota cierta falta de urgencia en las reacciones. Se ve el horror, pero falta el pánico, igual que muchas veces nos muestra el amor, pero la seducción no se ve por ningún lado. ¿Y qué es el amor, en literatura, sino la continuación exitosa de una seducción?

Sí es ambiguo, en cambio, con respecto a Allende. La relación Edwards-Allende no fue buena. Aunque Edwards parece burlarse en este libro de los Neruda, Benedetti y otros escritores «comprometidos», su amistad con «Nerón» Neruda, como le llaman el Poeta y sus amigos malditistas, está más que demostrada en sus años en la embajada de París. Sin embargo, a veces, pareciera que Edwards ve en Allende un títere de los comunistas y de los revolucionarios. Un hombre cegado por el poder y dispuesto a mantenerlo como sea.

Ahí también, el Poeta se queda entre dos aguas. Entre la realidad de la pobreza y la crisis en la que cae Chile y la arrogancia, la violencia, la amenaza constante, matona, de los grupos de poder de derechas. Entre su idea del socialismo como algo bueno para todos y la Revolución como religión que se olvida por completo de la realidad. La maldición de la «acción directa», que diría Ortega.

En definitiva, *La casa de Dostoievsky* es una novela sobre la nostalgia, sobre los cafés de Santiago en los que los jóvenes poetas e intelectuales apuraban sus últimas monedas, sobre los par-

ques post-adolescentes... y ante todo una novela sobre la estética convertida en ética. La estética que empaña la realidad en forma de sectarismo, de Revolución, de orden establecido, de guerrilleros de Sierra Madre, de Che Guevara inmortalizado en posters...

Una novela sobre un tipo perdido, sin ninguna voluntad de encontrarse, condenado a ser una «persona non grata» allá donde vaya. Un hombre perdido en un caos desde la adolescencia, desde sus años en un mugriento departamento dentro de una casa donde, dicen, en algún momento vivió el sobrino de Fedor Dostoievsky ©